



"España no tiene que ir fuera de sus fronteras para buscar virtudes cívicas modernas: las tiene dentro de ella misma, en Cataluña." (En la imagen, una vista de Las Ramblas, de Barcelona.)

CATALANIZAR ESPAÑA

NO se asusten. No se trata de abogar por el dominio catalán sobre el resto de los españoles; no se trata de sustituir la hegemonía madrileña por la barcelonesa. Además dudo que a los catalanes les interesase. Los catalanes perdieron hace mucho tiempo sus ambiciones hegemónicas —más o menos desde aquel episodio fulgurante de los almogávares, y desde entonces se han dedicado a su propio florecimiento en vez de malgastar energías en subyugar a los demás. Tal vez porque fueron de los primeros pueblos de Europa que comprendieron que imperialismo es contrario a democracia. Hay que temer muy pocas cosas de los catalanes, y la que menos, afanes de señorío.

Lo que aquí sugerimos es cosa muy distinta y más profunda: que la catalanidad pase a ser parte operante del alma española, hasta ahora no fecundada por ella; que el hecho catalán no se reduzca a aquella esquina, sino que influya en el resto de la nación no para aplastar lo que es genuino de cada tierra, sino para ensancharlo, potenciarlo y enriquecerlo, haciéndolo más apto para la nueva situación que España inicia.

Una de las mayores desgracias que ha sufrido nuestro país es que lo que ha venido presentándose como «espíritu español» apenas está impregnado de catalanismo, cuando debería haber sido uno de sus ingredientes principales. Bien distinto nos hubiese ido, muchas desventuras nos hubiésemos ahorrado, de haber ocurrido así. Pues pudo haber tiempos en que para ser algo en el mundo lo mejor era saber descabezar moros, cruzar cordilleras o conquistar imperios con una docena de hombres. Pero esos tiempos han pasado hace muchos siglos, y al empeñarnos en sujetar el alma española a tales características la hemos empequeñecido, mutilado

y hecho poco apta para las nuevas circunstancias.

No recuerdo quién dijo que la única forma de hacer una nación moderna de España era llenar el país de suizos o ingleses. ¡Y eso teniendo al lado a los catalanes! ¡Qué ceguera! ¡Qué desatino! Cataluña ha sido la gran desconocida para el resto de España; desde luego más desconocida que Francia, Italia, Inglaterra o la misma Alemania. Se conoce más la literatura rusa que la catalana, y nuestro conocimiento de Cataluña está hecho a base de cuatro lugares comunes, todos ellos erróneos cuando no agraviantes. Sólo los que por azares de la vida hemos tenido la suerte de que nuestras familias fueran a residir allí pudimos darnos cuenta de las enormes diferencias que hay entre lo que se cree en el resto de España que son los catalanes y lo que son en realidad. España no tiene que ir fuera de sus fronteras para buscar virtudes cívicas modernas: las tiene dentro de ella misma, en Cataluña. Y no me refiero sólo a la laboriosidad, al sentido organizador y de empresa, a la iniciativa. Me refiero a algo más valioso y raro: a la mezcla de tradición y modernidad que hace a los países a la vez estables y dinámicos; al espíritu de cooperación, sin el que una nación no pasa de reino de talías; a la obediencia a la ley, sin la que no hay otra alternativa que la dictadura o la anarquía; al respeto a la intimidad ajena, algo prácticamente desconocido en el resto de España, y que tal vez sea la cualidad más preciosa del espíritu catalán. Todo esto lo necesita España hoy más que nunca, pues es con esos mimbres con los que se teje la auténtica democracia. Sin ellos de poco sirven Constituciones, partidos, urnas.

Cataluña viene adelantándose durante los

últimos siglos al resto de España, y la gran tragedia de ésta ha sido no seguir la dirección que le marcaba, pero nunca trató de imponer, la que a fin de cuentas era su avanzada europea. ¿Ocurrirá otra vez algo parecido? ¿Se construirá la nueva democracia española con la colaboración de los políticos catalanes o seguirá ignorándoseles? Y cuando hablo de políticos catalanes no me refiero a los allí nacidos para pasar luego por filtro de Madrid: me refiero a los catalanes cien por cien; gentes que nos digan las cosas un poco bruscamente, sin rodeos; que nos transmitan su sentido común, su instinto práctico, su conciencia de responsabilidad individual y colectiva. Algo que estamos necesitando cada vez más angustiosamente.

Cuando oigo decir a personas sensibles, inteligentes, que Cataluña no puede separarse «porque el Ejército no lo permitiría» siento como un puñetazo en plena cara. ¿Pero todavía estamos en esas? ¿Todavía hay que tener sujeta a Cataluña? ¿Todavía no hemos aprendido?

No. Cataluña no puede separarse porque la necesitamos hoy más que nunca, y hay que decirse cuanto antes, bien alto, sin rubores, sin vergüenzas. Necesitamos no sólo su industria, su arte, su organización, su modernidad, sino también su espíritu, su ejemplo, sus líderes, su «seny».

Y espero que ella también nos necesite a nosotros para ser algo más que un rincón delicioso, cultivado y pintoresco en el Mediterráneo, y proyectar continentalmente, a través de España, el espíritu catalán, que todavía tiene mucho que decir en esa Europa por hacer.

José María CARRASCAL